

figuro: era un bohemio. Allá en los limbos de su vida anterior, de la vida que vivieron sus padres ó sus abuelos, descubro instintos aristocráticos de más ó menos remoto origen, más ó menos borrados ó deslustrados por la pobreza; instintos nostálgicos que se acuerdan de Grecia en el país de Beocia; propensiones al arte no educadas, pero sí mantenidas pobremente por la lectura de novelas y poesías románticas.

Por ahí, por esos limbos, andan los mosqueteros arrogantes de Dumás y la Jarifa y la Teresa de Espronceda; el Estudiante de Salamanca y Montecristo. Ya niño él, lo siento resistiéndose al estudio, desertando de la escuela, y ora de pie en la esquina de la calle oyendo un wals tocado en el piano de la casa frontera, ora marchando con descuadernado libro bajo el brazo, detrás de la banda militar. Lo llamarían aturdido, apajarado, las personas graves de su casa: como que llevaba, de seguro, gorgoros y cantos de cien pájaros muy adentro del alma! Y así creció con los oídos muy abiertos, gozando al oír repiques, al escuchar las voces del órgano en los templos, las músicas militares en las plazas, y muy de tarde en tarde, y siempre en tarde de domingo, algunas óperas en la galería del teatro. Después cogió un violín, y empuñando el arco evocador, movió el brazo tan natural y espontáneamente, como el ave mueve el ala.

Desde ese punto, ¡cuántas y cuántas ilusiones le nacieron! Allá va él por las calles como "un pequeño barbero de Sevilla." Improvisa junto á la mesa de un café. ¡Oh y qué talento y qué gran genio tiene!

Lo aplaude el estudiante que ya trae versos escritos al márgen de sus *matemáticas* y por dentro discursos que le manotean; lo mira con ojos de caricia concupiscentemente material, la que echa hacia atrás el cuerpo mal ceñido, apoyando el desnudo y voluptuoso codo en el respaldo de la silla; se detiene en la puerta para oírlo el que vocea periódicos; y aplauden todos cuando acaba el wals, y dan al autor un anisado, una promesa y un tabaco.... y una cita. ¡Oh qué talento, oh qué gran genio tiene! Pero es preciso comer, pagar la casa; para llegar á la gloria, vivir es lo primero; y allá va el pobre vendedor de pájaros dando, por casi nada, por un tabaco, por un ajenjo, por un beso, sus ruiseñores, sus alondras, todo lo alado de su alma!

Uno sólo de sus wals, "Sobre las Olas," produjo á la casa editora treinta mil pesos. El lo dió en cien. ¡Ya haría otros muchos!... ¡Ya vendrían para él gloria y riqueza! Va á Nueva York: allí tocan su wals en los salones que parecen de oro; allí lo bailan pisando flores y haciendo cintilar diamantes. las mujeres hermosas: el autor tiene hambre, y sed y frío, pero se para á oírlo como se paraba de muchacho en una esquina á oír el piano que tocaban en la casa de enfrente. "Sobre las Olas!".... Sí, sobre las olas va un náufrago, va un muerto.

De orquesta en orquesta, de murga en murga, de

hospedería en hospedería, va improvisando el wals que arrastra cauda de seda, el que tiene esbeltez y ondulaciones de gentil talle aristocrático, el que lleva en su onda azul, como franja de espuma, encajes de hada. Y siempre el mismo pago: el tabaco, el ajenjo, la promesa!

¿No recordáis la *Lira rota* de Campoamor?

Llevado al hospital y satisfecho,
Cual Nerón moribundo,
Pensó al caer sobre el jergón de un lecho:
—"¡Qué gran músico en mí se pierde el mundo!"
Y en la cama *ciento once* abandonado,
Puesto á dieta, aunque hambriento,
Se murió dulcemente y resignado,
Lo mismo que un pichón sin alimento,
Y al difunto *ciento once*, al otro día,
Sin inquirir el nombre que tendría,
Las entrañas abiertas le juntaron,
Y envuelto en los andrajos que traía,
Por quitarlo de en medio, lo enterraron.
¡Oh suerte desdichada!
¡Cuánta noble ambición desvanecida!
¡Qué alegre la existencia á la subida
Y qué llena de horror á la bajada!
Primero ¡acordes, magnetismo, vida!....,
Después ¡silencio, desaliento, nada!....,

* * *

La música de Juventino Rosas tiene delicadezas y elegancias exquisitas. No es tosca, ni insolente, ni provocativa, sino suavemente triste. Parece escrita para acompañar las horas de ensueño, las pláticas amorosas de la Dama de las Camelias..... lejos de París, en la quinta cuyo lago tenía adentro cielo azul. Es raro que la vida trashumante no la contagiara, que el vino no la manchase, que la miseria no la hundiese en la abyección: flota blanca *sobre las olas*, con los labios entreabiertos, como si fuera todavía á cantar.

La vida bohemia corrompe la inspiración de otros artistas; pero la de Rosas conservó su perfume hasta la muerte. ¡Y nada alta é intensamente vividero queda del que tuvo esa frescura de imaginación, esa nostalgia de arte superior! Palidecen las bugías, el sueño llega; la aurora se espereza; el baile acaba.....

Solo quedan en bóvedas y alfombras
Las notas mudas y las flores muertas!

* * *

Para esos artistas que se fueron no habrá de seguro estatuas... acaso, acaso ni flores dentro de poco para sus tumbas humildísimas. Ahora, apenas si podemos pagar en parte nuestra deuda de gratitud á los que nos dieron patria, á los que nos dieron libertad y honra. De la "Fundición Artística Mexicana," muy hábilmente dirigida por Jesús Contreras, que es hoy el primero de nuestros escultores, han salido muchas de las estatuas que vemos en este Paseo de la Reforma. Las últimas, en orden cronológico, son la del general Zepeda Peraza y la del padre San Vicente, la de Fray Servando Teresa de Mier y la del general Zuazúa. Pe-